

## A las puertas de Europa

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

La situación que está viviendo Libia en estos momentos constituye la mayor crisis política, social y económica existente en el Mediterráneo central y no parece que quienes nos gobiernan estén demasiado preocupados por ello. Con las honrosas excepciones de ciertos periodistas y analistas, lo que está ocurriendo en ese país norteafricano no parece interesar demasiado, a pesar de hallarse a unos centenares de kilómetros de Malta, Lampedusa o Sicilia, por ejemplo. Desde la captura y asesinato de Gadafi en 2011 la situación que se vive en esa república es tan caótica que ha derivado en una auténtica guerra civil, así como en terreno abonado para la expansión del terrorismo sunita vinculado al Estado Islámico. La formación de dos ejecutivos, uno en Trípoli y otro en Tobruk, forzó la intervención de la ONU mediante la organización de conversaciones en Ginebra y Sjirat. Dicho diálogo fructificó en el acuerdo del 17 de diciembre de 2015 firmado en esa localidad marroquí, que, en teoría, debía haber traído la paz y permitido la convocatoria de nuevas elecciones. Sin embargo, la situación se ha enquistado y en estos momentos tenemos la existencia del llamado Gobierno de Unidad Nacional, con sede en Trípoli y dirigido por Fayed al-Sarraj, y una Cámara de Representantes con sede en Tobruk, de la que depende un segundo gabinete. El GUN cuenta con un amplio reconocimiento internacional, al tener el respaldo de la ONU, la Unión Europea, Estados Unidos, Qatar o Turquía. El segundo, por su parte, es apoyado, entre otros, por Egipto y Emiratos Árabes Unidos. La clave de su fuerza reside, no obstante, en el sostén declarado del general Hafter, quien ha jugado un papel fundamental en la lucha contra los yihadistas y es el jefe autoproclamado del Ejército Nacional Libio.

Pues bien, este confuso panorama en la orilla meridional del Mediterráneo ha hecho que dos grandes como Turquía y Rusia hayan decidido mover ficha e intervenir. En este sentido, resulta especialmente revelador el papel desempeñado por Ankara, que ha ofrecido su ayuda militar a Trípoli. No debemos olvidar que en la pasada primavera se produjo una ofensiva de Hafter que le llevó hasta las afueras de la capital libia. Ahora, con la llegada de mercenarios rusos, unidos a otros mil sudaneses, el Ejército Nacional Libio de Hafter ha anunciado una nueva ofensiva sobre Trípoli. Este reforzamiento es lo que ha hecho que Fayed al-Sarraj haya estrechado sus lazos con Erdogan, con quien se ha reunido dos veces para firmar dos memorándums, uno militar y otro marítimo. El primero tiene por objeto la creación de una Fuerza de Reacción Rápida que, con ayuda turca, frene las aspiraciones de Hafter y las autoridades de Tobruk. Está por ver qué puede pasar si se produce un enfrentamiento directo, ya que, como sucediera en Siria, Turquía y Rusia vuelven a decantarse por bandos distintos. Mientras Ankara se alineó con los rebeldes, Moscú hizo lo propio con Bashar al-Asad. Esto puede generar un punto de fricción entre dos estados que, en estos momentos, han mejorado sensiblemente sus relaciones. En la conversación telefónica que Erdogan y Putin mantuvieron el 17 de diciembre se comprometieron a favorecer la conferencia de paz que Alemania y la ONU tratan de organizar en enero de 2020.

¿Pero a qué viene tanto interés de Ankara por entrar en el avispero libio? La respuesta está en el segundo memorándum, aprobado por el Parlamento turco el 5 de diciembre y que pretende la demarcación de fronteras marítimas de sus zonas económicas exclusivas. De lograrse, Ankara tendría la posibilidad de emprender prospecciones en las bolsas de gas halladas en esa zona. Y ésta es la clave. La ingente

cantidad de gas existente en esa región está marcando y va a marcar el futuro político y económico del Mediterráneo Oriental. Turquía se está posicionando para no quedar fuera del reparto del pastel, cuyos máximos beneficiarios en estos momentos serían Egipto, Israel, Chipre y Líbano. El problema radica en que tal delimitación choca con los intereses de Grecia (en las aguas próximas a Creta). Es decir, va en contra de un miembro de la Unión Europea y de un socio de la OTAN. Por de pronto, Atenas ha expulsado al embajador de Libia y la Unión Europea se ha posicionado a favor de Grecia e indirectamente de Chipre. También lo han hecho Rusia, Estados Unidos, Egipto e Israel. De manera que, una vez más, con esta aproximación a Trípoli, Turquía está jugando a presionar a sus aliados y a mantener su estatus de potencia regional en Oriente Próximo, incluso con una política exterior propia al margen de la OTAN, tal como ha hecho también en Siria. Pura geo-estrategia que aquí, lamentablemente, no parece importar demasiado.

27 de diciembre de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 2 de enero de 2020, p. 13